

Dios mira la tierra y la hace estremecer»: es la primera frase que leí en una reseña histórica del Señor de los Milagros. La imagen de Cristo, que pintó un negro de Angola, sobrevivió a los temblores de 1655, cuando Lima y el Callao quedaron absolutamente destruidos. El prodigio se renovó varias veces al paso de los siglos y fué justamente en tiempos del Virrey Conde de Lemos cuando se comenzó la construcción de la basílica.

A la española lo cuenta el romance:

*En un arrabal de Lima,
temeroso del temblor,
un negro pintó en un muro
la imagen del Salvador.*

*Mil veces tembló la tierra,
mas la pared no cayó,
y en aquel muro bendito
hoy brilla un altar mayor.*

Ahora esta alucinante procesión dura tres jornadas, y la piedad de Lima se funde como un fabuloso ramo de colores a los pies del Cristo: los negros esclavos impusieron la devoción del Señor de Pachacamilla, y en torno a la Cruz están los blancos e ilustres descendientes de los Conquistadores, los criollos puros, los cholos, los amarillos. Los cofrades —al menos los de infantería, los que cargan con la imagen y con las incontables molestias y riesgos de darle guardia— son en su mayoría negros. Llevan una túnica corta, una especie de esclavina, toda en color morado, y un cordón blanco a la cintura. Se aprietan en torno al trono del Señor, caminan lentamente, masivamente, con un ritmo oscuro, alucinador. Hasta los balcones sube el tufo agrio de la multitud. Las oleadas de devotos atacan por las esquinas, y la Guar-

dia Civil se ve y se desea para improvisar un simulacro de orden. Por otra parte, allí hay orden, un orden que nada tiene que ver con lo que nosotros, humanos, entendemos en esa palabra. De los voladizos virreinales caen flores, yerbas frescas, pétalos de rosa. Aquella tarde cayeron también unas saetas. Las cantaron Antofñita Peñas, Antonia García y Maruja Galisto, del grupo cordobés. Un silencio denso recogió la oración andaluza, y un murmullo beato y respetuoso puso su conformidad agradecida a la solicitud que las españolas hacían al Cristo de los Milagros, rogándole la felicidad para el Perú y para España. También me encargué de las saetas. Todavía no saben Quintero y León el peligroso rival que los Coros y Danzas les entrenaban por tierras de América.

En el contorno de la procesión se venden cirios con cinta violeta, gruesos velones trabajados con la paciencia y la sabiduría de un monje medieval; turrón de Doña Pepa, picarones con miel de azúcar, anticuchos, grandes vasos de chica morada. Un aire de pregones aplasta todos los aromas, los reduce a materia. Me acuerdo muy bien de la luz del cielo acompañando al Señor por las calles estrechas de Lima, de la sonrisa de una muchacha en el balcón de enfrente. La tarde tenía algo inevitablemente andaluz. El Cristo se nos iba camino de Pachacamilla. Cuando bajamos a los autobuses, todavía asistían en los portales a los accidentados por causa de multitud. La calle estaba llena de túnicas moradas, y ya se encendía sobre la tarde casi andaluza, la noche comercial y americana. Anterior a todo, un mendigo indio canturreaba en la esquina. Y se desmemuzaba bajo los pies piadosos el dorado estiércol de los caballos de la Guardia Civil.